

Índice

Introducción: La unidad de la Edad Moderna	15
---	----

Bloque I Siglo XVI: Europa 27

Tema 1 Los caracteres generales de la Edad Moderna	29
1. Tardofeudalismo y capitalismo mercantil	33
2. Sociedad estamental y sociedad de clases	35
3. Estado Moderno y Absolutismo	36
4. Del Renacimiento a la Ilustración	41
Tema 2 Las estructuras económicas	45
1. La demografía de tipo antiguo	49
2. Las condiciones de la producción agraria	50
3. Las condiciones de la producción industrial	52
4. Los instrumentos comerciales y financieros	54
Tema 3 Las estructuras sociales	57
1. Los privilegiados: la nobleza y el clero	60
2. El tercer estado: burgueses, artesanos y campesinos	62
3. Los marginados y los excluidos	64
4. La conflictividad social	66
Tema 4 El Estado Moderno	69
1. La aparición del Estado Moderno	71
2. Los instrumentos del absolutismo	74
3. Las repúblicas en la época de las monarquías	77
4. El Imperio de Carlos V y la época de la hegemonía española	80
Tema 5 El Renacimiento	87
1. Confesionalización <i>versus</i> secularización	89
2. La cultura del Humanismo	91

Índice

3. El redescubrimiento de las formas del arte clásico	94
4. Cultura de élites y cultura popular	103
Tema 6 La Reforma	105
1. La Reforma de Lutero	107
2. La segunda generación de reformadores	111
3. La multiplicación de las iglesias cristianas	114
4. La respuesta católica: ¿Reforma católica o Contrarreforma?	116
Lecturas recomendadas	121

Bloque II Siglo XVI: Los otros mundos 127

Tema 1 La era de los descubrimientos geográficos	129
1. Los presupuestos de la expansión ultramarina	133
2. La invención de África	140
3. El descubrimiento de América	145
4. La expansión portuguesa en Asia	147
5. La primera vuelta al mundo	148
6. El Pacífico español	149
Tema 2 América en el siglo XVI	151
1. La querella de los Justos Títulos	153
2. La geografía de la conquista	155
3. La administración virreinal	159
4. La economía rural, minera y urbana	161
5. La defensa de las Indias	164
Tema 3 África en el siglo XVI	167
1. Los estados del norte y el Imperio Otomano	169
2. El ocaso de los imperios subsaharianos: Ghana, Mali, Songhai, Bornú y Benín	171
3. El reino del Preste Juan	174
4. Los portugueses en Angola, el Congo y el país de Zanj	175
5. El reino del Monomotapa	177
Tema 4 Asia en el siglo XVI	179
1. El esplendor del Imperio Otomano	181
2. El nacimiento de la Persia Safaví	188

3. El nacimiento de la India del Gran Mogol	192
4. La dorada decadencia de la China Ming	199
5. El fin de la Edad Media en Japón	207
Tema 5 Una economía planetaria	213
1. La explotación de los nuevos mundos	215
2. El imperio portugués en Asia	217
3. La Carrera de Indias	220
4. El Galeón de Manila	222
Tema 6 Los otros intercambios	227
1. La unificación microbiana del mundo	229
2. Las transferencias de cultivos	231
3. La evangelización de los otros mundos	233
4. Los intercambios intelectuales	237
5. La imagen de los nuevos mundos	239
6. Colonialismo y anticolonialismo	250
Lecturas recomendadas	253

Bloque III Siglo XVII: Europa 259

Tema 1 La crisis del siglo XVII	261
1. La crisis económica	265
2. El desplazamiento de la hegemonía	267
3. Protoindustrialización y nuevo colonialismo	268
4. Refeudalización y ofensiva de la renta	269
5. La intensificación de la servidumbre en la Europa oriental	271
Tema 2 La crisis política y social	273
1. La guerra de los Treinta Años	275
2. La crisis de la Monarquía Hispánica	276
3. Las revoluciones inglesas	280
4. La conflictividad social	283
Tema 3 El orden de Westfalia	287
1. El fin de la hegemonía española	289
2. La supremacía de los estados nacionales	291
3. La fijación de las fronteras religiosas	293
4. La hegemonía continental francesa	294

Índice

Tema 4	La cultura del Barroco	297
	1. Una cultura para la crisis	299
	2. Del Manierismo a la apoteosis del Barroco	302
	3. Barroco y Clasicismo	304
	4. Cultura erudita y cultura popular	314
Tema 5	La revolución científica	319
	1. El método científico	321
	2. La matematización de la naturaleza	325
	3. La nueva concepción del universo	327
	4. Las nuevas condiciones del trabajo científico	327
	5. La crisis de la conciencia europea	329
Tema 6	La expansión de las dos reformas	333
	1. El encuadramiento pastoral de los fieles	336
	2. El proceso de cristianización	340
	3. La uniformización del comportamiento religioso	342
	4. Los conflictos religiosos en el seno de las iglesias	343
	Lecturas recomendadas	347

Bloque IV Siglo XVII: Los otros mundos 353

Tema 1	América en el siglo XVII	355
	1. De la América ibérica a la América europea	357
	2. De la Nueva Francia a las Antillas francesas	361
	3. Del Caribe inglés a las Trece Colonias	362
	4. Los orígenes de las Antillas neerlandesas	364
	5. El Brasil de los <i>engenhos</i> y las <i>bandeiras</i>	365
Tema 2	África en el siglo XVII	367
	1. La decadencia de África	369
	2. La trata y los estados esclavistas de Dahomey y Ashanti	370
	3. Los jesuitas en Etiopía	373
	4. Los portugueses y los musulmanes en el país de Zanj	374
	5. La destrucción de los reinos del Congo y el Monomotapa	375
Tema 3	Asia en el siglo XVII	377
	1. La decadencia del Imperio Otomano	379

	2. El apogeo de la Persia Safaví	382
	3. El apogeo de la India del Gran Mogol	386
	4. La instauración de la dinastía Qing en China	390
	5. El Japón de los Tokugawa	393
Tema 4	La economía del esclavismo	399
	1. La economía de plantación	401
	2. El comercio triangular	403
	3. La transferencia de esclavos africanos	405
	4. Los orígenes de la cultura afroamericana	406
Tema 5	Los europeos en Asia	409
	1. Del Asia portuguesa al Asia europea	411
	2. Las compañías de las Indias Orientales	411
	3. Los nuevos imperios comerciales	414
	4. La rivalidad europea en Asia	422
	5. La expansión de Filipinas	425
Tema 6	Los otros intercambios	427
	1. La evangelización en Asia y África	429
	2. Los procesos de aculturación en América	432
	3. Los sincretismos religiosos	438
	4. Los intercambios científicos y tecnológicos	440
	5. Los intercambios artísticos: el arte indoportugués, el arte nambán y la pintura europea en China	443
Lecturas recomendadas		447

Bloque V Siglo XVIII: Europa 453

Tema 1	Los antecedentes de la Revolución Industrial	455
	1. El crecimiento de la población	457
	2. La nueva agricultura	459
	3. El desarrollo comercial y financiero	464
	4. La era de la manufactura	466
	5. Los orígenes de la Revolución Industrial	468
Tema 2	El Despotismo Ilustrado	471
	1. Despotismo Ilustrado y absolutismo	473

Índice

2. Despotismo Ilustrado y subdesarrollo	476
3. Despotismo Ilustrado y cambio social	478
4. Despotismo Ilustrado y opinión pública	479
5. Despotismo Ilustrado <i>versus</i> Revolución	480
Tema 3 El orden de Utrecht	483
1. El fin del Imperio español en Europa	485
2. La política de equilibrio internacional	488
3. La hegemonía de Inglaterra	489
4. La inestabilidad en la Europa oriental	491
Tema 4 Los orígenes de la Revolución Francesa	493
1. La defensa de los privilegios	495
2. El ascenso de la burguesía	495
3. La influencia de la independencia de las Trece Colonias	497
4. La crisis del Antiguo Régimen y las vísperas de la Revolución Francesa	499
Tema 5 Las bases intelectuales del reformismo	501
1. Ilustración y reformismo	503
2. La renovación ideológica: razón, naturaleza, tolerancia, progreso ...	504
3. La difusión de las Luces: libros, periódicos, salones y clubs	509
4. Ilustración y Revolución	514
Tema 6 La cultura de la Ilustración	517
1. El desarrollo de las ciencias naturales	519
2. El enciclopedismo	520
3. El pensamiento político	522
4. El pensamiento económico	525
5. El proceso de descristianización	526
6. El arte del siglo XVIII: barroco, rococó, clasicismo y neoclasicismo ...	529
7. La presión sobre la cultura popular	538
Lecturas recomendadas	541
Bloque VI Siglo XVIII: Los otros mundos 547	
Tema 1 América en el siglo XVIII	549
1. El reformismo en la América española	551

2. El Brasil del oro	561
3. El retroceso de la América francesa	563
4. El progreso de la América inglesa y la independencia de las Trece Colonias	565
5. Las otras Américas	571
Tema 2 África en el siglo XVIII	573
1. El repliegue de los estados islámicos del norte	575
2. Los pueblos animistas y la <i>yihad</i> fulani	577
3. El esplendor de Etiopía	578
4. El retroceso portugués en África oriental	579
5. La instalación de los <i>boers</i> en África del Sur	580
Tema 3 Asia en el siglo XVIII	581
1. La desintegración del Imperio Otomano	583
2. El fin de la Persia Safaví	586
3. La disgregación de la India del Gran Mogol	589
4. El apogeo de los Qing en China	591
5. El estancamiento del Japón Tokugawa	595
Tema 4 La exploración del mundo en el siglo XVIII	601
1. La conquista de los mares	603
2. La conquista de las tierras	606
3. La conquista de los aires	609
4. Las grandes expediciones científicas	611
Tema 5 La expansión ultramarina en el siglo XVIII	621
1. La última expansión española en América	623
2. Los comienzos de la India británica	624
3. África, en vísperas del reparto	626
4. La instalación europea en el Pacífico	628
Tema 6 Los otros intercambios	631
1. La evangelización abortada	633
2. Los mitos de las Luces y los otros mundos	634
3. La utopía católica: las misiones jesuíticas en la América española	638
4. La utopía protestante: las teocracias en la América inglesa	640
5. El progreso en el conocimiento del mundo	641
6. La sugestión de Oriente en Europa	645
Lecturas recomendadas	649

Índice

Bibliografía básica	655
Cronología de las casas reinantes en la Edad Moderna	669
Glosario	677

1. LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

La guerra de los Treinta Años (1618-1648), con sus prolongaciones hasta 1659 (guerra franco-española y paz de los Pirineos) y hasta 1660 (guerra del Norte y paces de Copenhague y Oliwa), es una gran guerra europea cuya importancia ha sido ponderada por numerosos autores, que han visto en ella el fin de un periodo, la última guerra de religión o incluso la línea divisoria que separa la Alta de la Baja Edad Moderna. La guerra de los Treinta Años nace en principio de un intento por parte de la casa de Habsburgo, que tiene su solar en Austria y que ha monopolizado la Corona del Imperio Romano-Germánico durante varios siglos, por imponer su hegemonía sobre el resto del Imperio alemán como monarcas absolutos y de imponer la hegemonía del catolicismo sobre los estados protestantes. Posteriormente, a este primer conflicto se le suma el que enfrenta a la Monarquía española con las Provincias Unidas (confederación de siete estados a la que en España se suele llamar por el nombre de uno de ellos, Holanda), también político (las Provincias Unidas buscan su libertad frente a la soberanía de los reyes de España) y religioso (las Provincias Unidas son protestantes calvinistas frente a una España paladín del catolicismo). En ayuda de las potencias protestantes acuden, primero, el rey de Dinamarca, Cristián IV, y después el rey de Suecia, Gustavo II Adolfo, que con su muerte fuerza a intervenir directamente a Francia, país católico pero que subordina sus inclinaciones religiosas a sus intereses políticos, los de evitar a todo trance el triunfo de la casa de Habsburgo, a la sazón entronizada en Austria, en el Imperio Romano Germánico y en la propia España y sus dominios (los Países Bajos, cuyas provincias septentrionales hemos visto que son las Provincias Unidas), el Franco Condado, el ducado de Milán y los reinos de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, dejando al margen los territorios «agregados» de Portugal y su imperio ultramarino, así como sus posesiones en el norte de África, América y Filipinas.

La guerra empieza en 1618 con un hecho conocido como la «defenestración de Praga», cuando un grupo de notables protestantes arrojan por la ventana a dos consejeros del gobierno checo proabsolutista y procatólico. Los rebeldes coronan rey al protestante elector del Palatinado, pero inmediatamente la

Dieta alemana nombra emperador a Fernando II de Austria, que obtiene cerca de la capital checa una decisiva victoria en la batalla de la Montaña Blanca (1620), que marca el comienzo de la recatolización del reino de Bohemia y la persecución de los calvinistas checos. Los príncipes protestantes alemanes y el rey de Dinamarca pasan en los años veinte a intervenir en favor de los protestantes. Las victorias católicas obligan al rey de Dinamarca a abandonar la guerra y firmar la paz (Lübeck, 1629). Fernando II promulga ese año el Edicto de Restitución, que devuelve a la Iglesia católica todos los bienes secularizados por los protestantes desde 1552. La conmoción es tan grande que lleva a intervenir en Alemania al rey de Suecia, que, tras verse favorecido por el saqueo católico de la ciudad de Magdeburgo (1631), consigue dos brillantes victorias en Breitenfeld (1631) y Lützen (1632), pero en esta última encuentra la muerte al frente de sus tropas. La consecuencia inmediata es el avance de las tropas españolas, que obtienen una gran victoria en Nördlingen en 1634, lo que parece volver a consolidar las posiciones católicas en Alemania.

Mientras tanto, en los Países Bajos, la guerra entre España y Holanda se ha reanudado desde 1621 tras el fin de la llamada Tregua de los Doce Años firmada en 1609. La toma de Breda por los españoles en 1625 (inmortalizada por el cuadro de *Las Lanzas* de Velázquez) desencadena la contraofensiva de Holanda, que ocupa sucesivamente las ciudades de Hertogenbosch (1629) y Maastricht (1632) y, finalmente, reconquista la propia Breda (1637). Son las fronteras que se mantendrán estables hasta la firma de la paz de Münster en 1648, que dará la independencia a la república de las Provincias Unidas.

Ahora bien, el gran hecho de la última parte de la guerra será, ante todo, la entrada en liza de Francia al lado de las potencias protestantes y en contra de Austria y España, que por su parte ha de enfrentarse a diferentes movimientos secesionistas dentro de sus propias fronteras: revueltas de Cataluña (1640), Portugal (también 1640) y Nápoles (1647). No mejor es la situación en los campos de batalla, donde Francia derrota a España en las batallas de Rocroi (1643) y de Lens (1648), y a los católicos alemanes en la segunda batalla de Nördlingen (1645) y en Züsmarshausen (1648). Agotados casi todos los contendientes, llega el momento de firmar la paz de Westfalia.

2. LA CRISIS DE LA MONARQUÍA HISPÁNICA

La guerra de los Treinta Años y las revueltas de la década de los cuarenta (Cataluña, Portugal, Nápoles), que precederán a las nuevas derrotas sufridas por las tropas españolas ante Francia en la década de los cincuenta, son otros tantos jalones de la crisis de la Monarquía Hispánica. Sin embargo, esta crisis

presenta un cuadro mucho más complicado. En efecto, si ya en los últimos años del reinado de Felipe II habían aparecido los primeros síntomas de una inflexión en la tendencia expansiva del Quinientos, el siglo XVII conocerá un proceso de progresiva decadencia, que se manifestará en los ámbitos de la economía, la convivencia social y las relaciones internacionales, aunque la producción cultural permitirá seguir hablando de un Siglo de Oro. La crisis económica española (que se inscribe en lo que se ha denominado la crisis general del siglo XVII) se manifestará en el descenso de la población y en la contracción de todos los sectores (agricultura, industria y comercio, tanto interior como exterior). Del mismo modo, la convivencia interior se verá perturbada por la persistencia de viejos problemas políticos sin resolver (expulsión de los moriscos, guerras de separación de Portugal y Cataluña, rebeldía nobiliaria) y por la persistencia de la contestación popular endémica (bandolerismo) o esporádica (motines andaluces, alzamientos campesinos catalanes y valencianos). Finalmente, la política imperial, falta de los recursos materiales necesarios a causa de la caída de las remesas de plata y de las insuficiencias de los expedientes desesperados de la Corona (presión fiscal, manipulaciones monetarias, suspensiones de pagos), sufrirá un grave retroceso, que se trasluirá en la derrota militar, el desmembramiento territorial y la pérdida de peso específico en el escenario internacional. En un sentido inverso, la cultura del Barroco prolonga los esplendores del Renacimiento, tanto en el campo del pensamiento (político y económico, aunque no teológico y científico) como en el de la creación literaria y artística, ámbito en que el periodo no puede considerarse agotado hasta la última década del siglo, con la desaparición del dramaturgo **Pedro Calderón de la Barca** (1681) y los pintores **Bartolomé Esteban Murillo** (1682) y **Juan de Valdés Leal** (1690).

La crisis económica debió tener el mismo origen malthusiano de todas las crisis del Antiguo Régimen, es decir, debió principiar por un desajuste entre el aumento de la población experimentado a lo largo del siglo XVI y la insuficiencia de una agricultura extensiva para mantener el ritmo de la demanda generada por el crecimiento demográfico, que además producía altos beneficios para los terratenientes (nobles, eclesiásticos y propietarios en general) pero deterioraba la situación de los dependientes (colonos enfrentados a elevados contratos y jornaleros enfrentados a altos precios de los alimentos). En efecto, esta incapacidad agrícola se vería acompañada de los efectos nocivos de la revolución de los precios, no sólo en lo relativo al consumo, sino en el ámbito de la producción industrial, que se revelaría también incapaz de competir con los géneros manufacturados extranjeros, susceptibles de ser adquiridos con facilidad gracias a la disponibilidad de numerario debida a la explotación de los tesoros americanos. El cuadro de la crisis se completó con la caída de las remesas

de plata, debida posiblemente al aumento de los costos de extracción en América, pero también a las mayores retenciones efectuadas por la administración colonial, a las mayores dificultades para colocar en el mercado indiano unas contrapartidas de mercancías cada vez menos competitivas y, sobre todo y por esta última razón, al drenaje del tráfico por parte de las potencias europeas, que practicaban ya un comercio de contrabando que la deteriorada máquina administrativa de la Casa de la Contratación no podía ni reprimir ni siquiera controlar, con lo cual desaparecía la única baza española para mantener el nivel de las importaciones internacionales, cuando ya la industria había quedado arruinada por la concurrencia extranjera.

La crisis social se manifestó primero por la amplitud del proceso de refeudalización: el aumento del número de privilegiados (creación de numerosos títulos nuevos, ventas de señoríos y otras concesiones menores, como hidalguías, hábitos de órdenes militares o ciudadanías honradas) y en la revitalización de la presencia de la nobleza en el gobierno del país en los altos puestos de la administración. Los aristócratas hacen frente a la crisis mediante el incremento de la presión sobre sus vasallos y colonos, el ejercicio de cargos bien remunerados (o con posibilidad de enriquecimiento, que venía a ser lo mismo) y la colocación de sus hijos en encomiendas de órdenes militares, en oficios públicos o en la Iglesia (en los obispados o mediante los numerosos patronatos de legos, que gozan de la potestad de presentar candidatos familiares al disfrute de beneficios y capellanías). Aun así, la nobleza tampoco se libra de los efectos de la recesión, ya que sus esfuerzos por aumentar sus ingresos no siempre alcanzan los frutos deseados, mientras la inflación incrementa el monto de sus desembolsos en productos de lujo, mantenimiento de una clientela y una servidumbre acordes con su rango y contribución obligada al servicio de la Corona.

El clero, por el contrario, al socaïre del programa de cristianización de los fieles impuesto por el concilio de Trento, experimenta un progreso que es a la vez material, moral e intelectual. En cualquier caso, si las rentas de un modesto beneficio permite ganarse la vida a muchos clérigos de la época (e incluso a algunos intelectuales muy encumbrados por la fama), los obispos encuentran dificultades en mantener sus gastos suntuarios, la construcción de edificios religiosos y el ejercicio de la caridad, al tiempo que la Corona continúa imaginando medios para aumentar el volumen de su contribución a los gastos generales del Estado. Fenómeno también propio del siglo es la intensificación, en la vida cotidiana de una sociedad imbuída de una profunda religiosidad, de la presencia del clero, particularmente del clero regular y, sobre todo, de las órdenes mendicantes (a las que se incorporan los capuchinos, llamados a conseguir un gran arraigo popular) y de los jesuitas, que se ocupan de la educación de las clases dirigentes con gran éxito, mientras las comunidades femeninas ofrecen

un modo de vida a las numerosas mujeres que por distintas razones no acceden al estado matrimonial.

Por su parte, entre las clases plebeyas los letrados tratan de hacer valer sus títulos universitarios buscando el favor del poderoso que les permita instalarse en un puesto burocrático, mientras los mercaderes (cuyos negocios pierden seguridad y rentabilidad) experimentan cada vez de un modo más pronunciado la tentación del ennoblecimiento y los artesanos acentúan su tendencia hacia la oligarquización y el anquilosamiento de sus gremios. La disminución de las oportunidades se manifiesta, por último, en la extensión del fenómeno del pauperismo, que afecta a un tanto por ciento muy elevado de la población (entre un 20% y un 50% según los lugares) y que es combatido mediante iniciativas asistenciales (acondicionamiento de los hospitales existentes o creación de nuevas instituciones hospitalarias, como la Hermandad del Refugio de Madrid o la Hermandad de la Caridad de Sevilla), o mediante medidas represivas, que tratan de expulsarlos de las ciudades (donde se concentran en los momentos de mayores dificultades), e incluso de enviarlos al servicio forzoso en las galeras o en los presidios africanos.

Naturalmente, esta situación de pauperismo extendido y escasez de oportunidades provoca el aumento de la conflictividad social. Mientras son endémicos el bandolerismo en el campo (el «bandolerismo catalán del barroco») y la picaresca o la delincuencia ordinaria en la ciudad, se producen una serie de revueltas violentas que se presentan bajo el modelo del motín antifiscal tanto en pueblos como en ciudades (motín de la sal de Bilbao de 1631), del motín de subsistencias en el marco urbano («alteraciones» de Córdoba, Granada o Sevilla de 1652) o del levantamiento campesino en el ámbito rural (Segunda Germanía de Valencia en 1693). A todo ello hay que sumar una acción tan discutida como la expulsión de los moriscos, con negativas consecuencias desde el punto de vista demográfico (pérdida de un total 300.000 individuos), económico y moral, por cuanto la orden de destierro afectó a poblaciones que llevaban siglos viviendo en España y que no querían salir de la que consideraban su verdadera patria.

La crisis política se percibe a través de muy diversas manifestaciones, como la consolidación del gobierno por medio de validos, el espaciamiento de las sesiones de Cortes, el estancamiento de los ingresos estatales, la acuñación de vellón, la manipulación monetaria y el déficit hacendístico permanente que impedía atender a los grandes capítulos del gasto público. Sobre todo, el dinero disponible no alcanzó para seguir manteniendo la presencia militar española en la medida de los reinados anteriores. Por un lado, el reclutamiento voluntario trató de sustituirse parcialmente por las levatas forzosas, con las consiguientes resistencias y con la previsible disminución de la eficacia de las tropas, mientras que, por otro, el número de los soldados disponibles fue descendiendo sensible-

mente en todos los frentes, del mismo modo que los efectivos navales en todos los mares, el Mediterráneo y el Atlántico, tanto en Europa como en América. La crisis interior y la crisis exterior venían así a confluir en el completo declive del Imperio, que se enfrenta, además, a fines de siglo con la crisis sucesoria por la falta de descendencia del último rey de la dinastía de los Austrias.

3. LAS REVOLUCIONES INGLESA

En un mundo presidido por el ascenso y robustecimiento del absolutismo, y coincidiendo con los años decisivos de la guerra de los Treinta Años, se producirá en Inglaterra un grave conflicto entre el rey y los representantes del reino que desembocará en un proceso revolucionario que durante veinte años sostendrá un estado de guerra permanente que, tras la sucesión de un régimen republicano y una dictadura, propiciará la aparición de un régimen parlamentario único en Europa que, pese a la restauración monárquica de 1660, acabará imponiéndose tras otro proceso, también revolucionario, pero menos traumático, la «Revolución Gloriosa» de 1688-1689.

Lawrence Stone, en un estudio ya clásico, quiso analizar primero las causas de la primera revolución inglesa, señalando una serie de precondiciones y de precipitantes de los acontecimientos. Entre las precondiciones, hay que contar con la inestabilidad de la política inglesa y con el desarrollo de las disfunciones, siempre antes de 1629, momento en que se produce el divorcio entre el rey y el reino. La inestabilidad política se manifiesta en la debilidad financiera (el «bloqueo económico de la Corona inglesa» producido por la enajenación de las propiedades eclesiásticas secularizadas durante la Reforma, la inexistencia de monopolios reales sobre materias primas metálicas, la exigüidad de los subsidios concedidos por el Parlamento, una administración poco desarrollada y un incontrolado fraude fiscal), en la debilidad militar (milicia mal armada, guardia personal reducida y huestes aristocráticas), en la insuficiencia de los instrumentos judiciales, en el fracaso en el control de la administración local, en la debilidad religiosa (un anglicanismo que no colma las aspiraciones espirituales del reino enfrentado a otras confesiones más activas y más radicales), en la fragilidad de la estructura social (nobleza de servicio enfrentada a las expectativas de una *gentry* en ascenso) y deficiente control ideológico sobre la producción oral y escrita.

Este sistema desarrolla sus disfunciones a lo largo del reinado de la última de los Tudor (**Isabel I**) y, sobre todo, de los primeros Estuardos (**Jacobo I** y **Carlos I**). Por una parte, aunque no deba hablarse de una «primera revolución industrial» se produce un notable crecimiento de las fuerzas productivas, que lleva consigo una serie de relevantes transformaciones y tensiones sociales: una